

LA ROMA QUE CANTO VIRGILIO

*Urbem quam dicunt Romam, Meliboeae, putavi
Stultus ego, huic nostrae similem. Ecl. I, 25.*
Yo creía, en mi simplicidad, Oh Melibeo,
que Roma era como nuestra ciudad....

Roma aeterna. La ciudad de las siete colinas históricamente es múltiple; aquel reducido espacio de tierra ha sido el fondo de proyección por donde ha pasado un desfile de culturas y de héroes.

Virgilio tuvo la suerte de vivir en el período de mayor grandeza; la Roma pagana tuvo su infancia y su senectud; a Virgilio le tocó contemplarla en todo el esplendor del medio día de su vida.

Mas Virgilio no cantó solo lo que sus ojos vieron; escuchó en las tradiciones y en los anales históricos, preguntó a las ruinas y a los monumentos de otros días, siguió el árbol genealógico de sus contemporáneos hasta sus primitivos entronques, buscó en cada palabra de la lengua los secretos del pasado, y fundiendo en una masa poética todo ese cúmulo de recuerdos, entró como otro Vulcano a la forja épica de las musas para repujar al golpe de un trabajo incesante el monumento de la Eneida.

Así para reconstruir la Roma de Virgilio hay que estudiar la *Roma aeterna*, que tuvo en el paganismo épocas muy diversas; ya fue la tienda del estado mayor del ejército del mundo, ya la tribuna de la elocuencia, ya la meca de las religiones, ya la émula de Atenas, ya el bufete del Universo y finalmente cuando se convirtió en desagadero de todo un imperio corrompido, fue la ramera de las naciones paganas y así murió para que de sus cenizas surgiera la Roma cristiana.

De Albalonga a Roma. Virgilio hubo de ir hasta la Roma legendaria. Al rayar de una rosada aurora llegó Eneas al Tiber (VII, 25); observa el plácido panorama de la desembocadura del río y manda anclar; allí encuentra al rey la-

tino que le va a dejar el cetro y su hija; bien que haya de disputarlos antes a un rival, Turno, con la punta de su relumbrante espada. Eneas mismo traza los primeros planos de Roma:

Ipse humili designat moenia fossa (VII, 157).

En la tierra marca con un surco el sitio de las murallas en las riberas; por ellas ve correr la anunciada jabalina blanca con sus treinta cachorrillos; el color le anunciaba el nombre de *Alba*, y los treinta el número de años que había de reinar en *Albalonga*, de donde el imperio se trasladaría definitivamente a Roma.

De lejos contempla Eneas el caserío de Evandro; dentro del recinto de las murallas unas cuantas modestas casas, «*Quae nunc romana potentia caelo aequavit...*» (VIII, 99), que el poder romano había de trocar en construcciones gigantescas.

Allí estaba entonces el ara carmental de la Sibila; el bosque más tarde convertido en sagrado por Rómulo; el lupercal que tomó el nombre de la deidad cazadora de los lobos; la roca Tarpeya, más famosa para el romano que las de Suesca para nosotros; el sitio del Capitolio entonces mustio collado; mansas greyes pastaban donde luégo se había de levantar el foro romano y el capitolio, asombro del mundo.

La Roma legendaria. La descendencia empuña el cetro del Lacio; los monarcas de la leyenda pasan en desfile poético por los exámetros de Virgilio; los fundadores de Roma amamantados por la loba:

«*Illam tereti cervice reflexo Mulcere alternos et corpora fingere lingua*» (VIII, 633). Y ella vuelve ya al uno ya al otro la cerviz robusta y les modela el cuerpo con la lengua.

Rómulo por su espíritu marcial y su mente ordenadora es la encarnación de las dotes raciales.

Le sigue Numa el pío, el sabio, el agricultor.

«*Curibus parvis et paupere terra Missus in imperium magnum*» (VI, 810). Que salió de su humilde Cures y de su patria a regir un imperio. Luégo Tulo el belicoso: *Otia qui rumpet patriae*. El primero que romperá los ocios de la paz. (810); Anco después, el primer gran constructor de los romanos; y al fin los Tarquinios, con cuya soberbia cae la Monarquía; *Tarquinios reges animamque superbam...* (VI, 8160).

La República. Y se abren con la república cinco siglos llenos de hazañas escritas sobre fondo áureo de gloria con sangre de héroes.

Primer período (509-264). Siglos de actividad; a su comienzo Roma es una de tantas ciudades de Italia; en dos siglos se pone al frente de toda Italia; las guerras de conquista pasan por la Eneida con toda su leyenda de los Horacios y Curacios, de Scévola y Pórsena y de Camilo que llega apenas a tiempo para salvar el capitolio:

«*Referentem signa Camillus*» (VI, 825).

Roma quedó al fin dueña de Italia; mas cuando el comienzo del segundo período (264-78) asoman sus legiones a la playa a mirarse en la superficie del Mediterráneo se dan cuenta de que uno es el dominio de la tierra y otro el de los mares; que éstos están sumisos a otro pueblo, cuyos hijos llamados «los carreteros del Océano», hacía siglos conocían los secretos de los líquidos caminos y de los calendarios de la navegación.

Las guerras púnicas son el hecho principal de los dos últimos siglos de la república; tenían que ser objeto especial del cantor de Roma.

Un libro entero, todo él simbólico, dedica a su recuerdo; Dido, lanzándose sobre la pira de fuego, es la imagen del fin trágico de Cartago vendida por Roma.

Además recoge en la Eneida los principales detalles de esta lucha secular; ya el nombre de *Cunctator*, que a fuerza de táctica anula el magnífico triunfo de Anibal en Cannas: «*Quo fessum rapitis, Fabii? Tu Maximus ille es, Unus qui nobis cunctando restituis rem*» (VI, 845). «Fa-

bios, que así acosáis al fatigado Anibal y entre vosotros Máximo nos devuelve la República sin presentar batalla».

Ya son los Escipiones, *duo fulmina belli, Scipidas, cladem Libyae*.

Rayos de la guerra y para Cartago ruina (VI, 842).

Las relaciones fueron del todo rotas entre los dos pueblos.

Nullus amor populis, nec foedera sunt (IV, 624).

Ningún amor nos una, ningún tratado nuestra alianza firme, había sido el grito de guerra; Dido y Eneas son las sombras históricas de los pueblos que se encuentran en el Africa, siglos antes de las guerras púnicas; la astucia cartaginesa cae al golpe militar y jurídico de la virilidad romana; era un nuevo conflicto entre las ideas, cultura y pensamiento del Oriente y el Occidente.

Roma salió cargada de laureles de aquel encuentro secular; ganó la primera batalla naval en Myla y transportó los espolones de las naves a la famosa *tribuna rostrata* para inmortalizar el nombre de Duilio; al terminar el conflicto púnico era suyo el dominio de los mares y las cenizas de su rival volaron esparcidas por el viento.

«*Non aliter quam si immisis ruat hostibus omnis Carthago, aut antiqua Tyros, flammaeque furentes Culmina perque hominum voluntur perque deorum*» (IV, 669).

Parece cual si la antigua Tyro o la imperial Cartago abrieran rendidas sus fuerzas a ejércitos vencedores y las llamas voraces se tendieran por los capiteles de los palacios y los templos (IV, 665).

La edad de oro de Roma—El último siglo antes de nuestra era tenía que presentarse con fondo áureo al poeta vidente de los destinos de Roma; una lucha secular le daba el imperio del mundo; era el momento de forjar en metales propios la cultura romana.

Cierto que Roma se hubo entonces de teñir en sangre propia bajo las dictaduras de Mario y Syla; pero estas luchas internas obedecieron al anhelo de que triunfara el

derecho; lo propio y lo original de toda esta era de florecimiento en todos los órdenes es la idea de Roma.

«Esa Roma tan admirable en la severidad de sus leyes y costumbres antiguas, terrible y grande aun en sus yerros y eternamente memorable por su dominación universal» (1).

Son la *potentia* y *gravitas* del carácter romano, hechos solemne prosa latina y mejestuosos arcos e imponentes columnas y soberbios faros.

Virgilio aprovechó todo aquel material desde los anales de Ennio hasta los ecos elocuentes de Cicerón en la tribuna.

Geográficamente no era menos inspirador el paisaje; César identificaba los límites del imperio con los del mundo conocido.

La Roma Augustana—La Roma de Augusto fue una síntesis de todo el proceso evolutivo de la ciudad desde Eneas.

Setecientos años de lucha habían tenido por resultado el imperio más glorioso, era la más bella agrupación de pueblos en la Historia; del Eufrates al Atlántico, del Rhin al Nilo se imponía el pensamiento de los latinos; dentro de un mismo marco histórico se encontraban Jerusalén y Antioquía, Cartago y Atenas, Alejandría y Tebas; el Mediterráneo era un lago romano por donde venían al Tíber los productos de todos los emporios del Universo; el latín era la lengua internacional en medio de todas las lenguas de la tierra; Roma el centro y Augusto la cabeza:

«*Augustos Caesar aurea—coudet saecnla qui rursus Latio; super et Garamantas et Indos—proferet Imperium* (VI, 794); Augusto llamado a restablecer la edad de oro en el Lacio y que hizo confinar el imperio con el extremo sur de Africa y con el Indo asiático (VI, 794).

En el ambiente romano se dilatava la grandeza:

«*Et dubitamus adhuc virtutem extendere factis*» (VI, 806).

(1) Schlegel, Hist. Lit. Ant., I., p. 73.

Y ¿hay quien dude de llevar aún más lejos nuestro valor con hazañas?

En fuerza de la sabia organización excogitada por Augusto, la imagen de Roma era difundida como por radio a todos los centros del mundo. El mismo gobierno, los mismos juegos, el mismo estilo arquitectónico, el mismo latín se hablaba en Palmira y en Marsella, en Londres y en Tagaste, en Nicomedia y en Pompeya.

Una red de magníficas carreteras convertía a Roma en verdadero corazón del imperio; todo romano tenía la sensación de que el mundo era su casa; «No estoy ceñido a un ángulo, todo el mundo es mi patria», decía Séneca.

«La Providencia escogió a Roma para juntar los miembros dispersos, para mitigar las costumbres, para aproximar entre sí los pueblos hostiles por el intercambio de las ideas, para dar a los hombres un idioma y una civilización» (1).

Es el pensamiento de Virgilio: *Faciamque omnes uno ore Latinos* (XII, 836).

Y ha de ser el latín la lengua universal de los pueblos.

El cantor de la historia de Roma no podía menos de sentir el bienestar de la unidad y paz augustana.

El sueño poético estaba realizado:

Nomen in astra ferant, quorumque ab stirpe nepotes
Omnia sub pedibus, qua sol utrumque recurrens
Aspicit Oceanum, vertique regique videbunt (VII, 100)

Sus descendientes harán oír el nombre de Roma hasta en las estrellas y sujetarán a su dominio todas las tierras iluminadas por el sol entre los dos mares.

Babylon magna—Tal fue la Roma creada por el lema «*opta ardua pennis*».

El esfuerzo humano pudo consolidar por unos siglos lo externo; mas como en su interior germinaban todos

(1) Plin. Hist. Nat. III, 6.

los vicios de una raza humana caída acrecidos por las avenidas de los de Oriente, no podía perdurar como el granito de las esfinges.

En Roma la esclavitud era ley; el individuo era un miembro del estado; la mujer una esclava; el niño una mercancía; el trabajo un oprobio; la pobreza una calamidad; en la molicie y lujo oriental se había afeminado el acero del carácter romano; en los espectáculos del circo y del anfiteatro se había degradado todo el noble fondo de sus sentimientos. Afortunadamente la crisis aguda moral empezó cuando ya el cantor había colgado su lira.

Roma cumplió la misión histórica que le impuso la Providencia de preparar por una paz universal los caminos al Salvador que venía a renovar con frescura de vida el mundo exangüe de los espíritus: «*Recedant vetera, nova sint omnia*».

La Roma de las persecuciones, la Roma que con sus abominaciones se hizo en frase de San Juan en el Apocalipsis, «la ramera de las naciones». «*Mater fornicationum et abominationum terrae*» (1), es la Roma de la decadencia posterior a Virgilio; y esta Roma, madre de la prostitución y abominación, tuvo que ser purificada por los bárbaros en un diluvio de fuego para que de sus cenizas surgiera la Roma *aeterna*, la del Vicario de CRISTO.

(1) Apoc. c. XVII.

JOSÉ C. ANDRADE, S. J.

